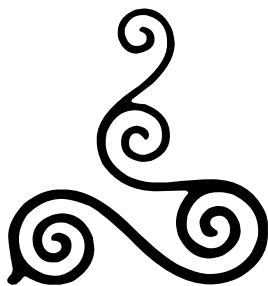


EL CORAZÓN DEL TÍBET



PUNTOROJO
libros

2ª Edición
El Corazón del Tíbet
F. J. Martínez

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16722-45-7

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2016 F. J. Martínez
© 2016 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Dedicado con amor a mis dos
hijos Adán e Isaí, por ser la fuente
de inspiración de mis sueños, los
cuales formaron este libro.

En agradecimiento a Bruno
por su inestimable ayuda.

Cuando se cuenta una historia, ya sea ficticia o real lo más importante es que el lector pueda vivir y sentir la magia del relato, como su propia aventura.

Todo sueño, puede ser vivido como una verdad, como una necesidad imperiosa de evadirse de la vida real; fantasear con lo deseado, encontrar el amor, la paz, la aventura o el tesoro más valioso nunca hallado...

F. J. MARTÍNEZ

EL CORAZÓN DEL TÍBET

1. La gran travesía



Había algo en aquel lugar que me hacía estar alerta. No solo era por el hecho de encontrarme en la penumbra, advertir el más mínimo ruido o sombra me asustaba.

El mal olor que inundaba aquel lugar, unido a un calor pegajoso y húmedo, me desagradaban en extremo. Intuí peligro y me movía con sigilo, para no ser descubierto. Por el contrario mis oídos y ojos, intentaban descubrir el más mínimo indicio de movimiento.

Por un instante, creí ver una sombra más oscura, me giré con rapidez y forcé la vista, pero no pude encontrar nada salvo la oscuridad.

Estaba muy asustado y me quedé inmóvil por unos segundos. Fue entonces cuando, al mismo tiempo que escuchaba un ruido, una luz cegadora me envolvía por unos segundos, y un viento abrasador que casi me quemaba, sopló desde mi espalda. Me habían descubierto; pero no sabía si había más de una persona.

Con el tremendo sobresalto y medio paralizado, tuve que reaccionar para sacar valor suficiente y darme la vuelta despacio, con los brazos abiertos, para mostrar que no llevaba ningún arma u objeto peligroso. Mis ojos se fueron habituando de nuevo a la penumbra y cuando por fin se me aclaró la vista, me quedé petri-

ficado y horrorizado, no podía dar crédito de lo que tenía frente a mí. Creí que el corazón se me salía del pecho y se me cortó la respiración.

Una especie de monstruo de grandes y brillantes ojos había clavado su mirada en mí... ¡se trataba de un dragón! Estaba asimilando su existencia, no era fruto de mi fantasía. Aquel temible ser se acercó aún más. No sabía que hacer:

“¿Echar a correr? ¿Tirarme al suelo? ¿O quedarme inmóvil?”.

Sin parar de mirarme ni por un instante, al ladear su cabeza y abrir sus fauces, pude oler el desagradable hedor de su aliento. Su interior estaba repleto de dientes tan grandes y afilados como cuchillos. Entonces, con rapidez, se dirigió hacia mí para devorarme; en ese mismo momento de alarma, grité con todas mis fuerzas, reconociendo que eran los últimos instantes de mi vida...

Me desperté angustiado con un nudo en la garganta. Al levantarme con rapidez sobre la cama, reconocí aliviado que solo había sido un mal sueño. Estaba sudoroso y el corazón me palpitaba con rapidez y fuerza, a medida que retornaba al mundo real, recobraba el ritmo natural. Dando un resoplido, salí de la cama y me dirigí directo hacia la ventana, sin colocarme las zapatillas de estar por casa, estaba dispuesto a dar fin cuanto antes a las penumbras de mi cuarto.

Aún era muy temprano, el despertador tocaría en una hora, pero con el viaje que tenía por delante y el tremendo susto de la pesadilla, dormir se me hizo imposible.

Soñar con el dragón fue a causa de mis estudios sobre China y por el nerviosismo ante la inminente travesía que tenía por de-

lante. Estaba a punto de embarcarme hacia un fascinante viaje al Himalaya, la cumbre del mundo.

Al terminar la secundaria, los profesores y el alumnado habíamos organizado un viaje para visitar el Tíbet. Resultó costoso, requirió mucho sacrificio y trabajo extra. Lo peor para mí fue la venta de papeletas y objetos de decoración, la mayoría terminó en manos de mis familiares.

No se trataba de coronar ninguna cima, no era un viaje de alpinismo, sino cultural, pasear por sus aldeas, ciudades, ver sus monasterios, conocer el estilo de vida de su gente y hacer senderismo por sus montañas.

Era el viaje de mi vida. Siempre soñé con conocer el Tíbet, deseaba ver el valle de Lhasa. A pesar de creer saberlo casi todo, no pude calmar mis ansias, quería verlo con mis propios ojos, tocar con mis manos y poder respirar el aire de aquel lejano mundo.

Aprendí mucho sobre las costumbres y la historia del Tíbet. Había visto películas, documentales, pasado horas leyendo libros y buscando por Internet para hacer mi trabajo. Lo mandé encuadernar en un libro. Las tapas estaban impresas con una misma fotografía en la que aparecían las majestuosas cumbres del Himalaya; la imagen se divisaba al completo al girar el tomo desde la portada, pasando por el lomo, hasta la parte posterior de la tapa. Un dragón grabado en rojo serpenteando el cielo, diferenciaba la portada. Llegué a la conclusión que éste había quedado grabado en mi subconsciente y que con mis preocupaciones por el viaje y los preparativos, el citado dragón se convirtió en la pesadilla de aquella mañana.

En las páginas del trabajo, hice constar la información que había recabado sobre la historia, la cultura y las creencias del Tíbet. Traté de ordenar toda la información para que el lector comprobase que aquella zona del mundo era diferente. Los habitantes de aquel lugar mostraban al resto del mundo una forma diferente de vivir, entender y respetar su entorno.

Traté de imaginarme cómo sería vivir de una forma meditativa y contemplativa del mundo, sin más propiedades que una túnica. Sin duda, no era algo para mí, pues estaba acostumbrado a vivir en una gran ciudad con todo tipo de comodidades y posesiones.

Respetaba sus creencias e incluso compartía muchas, me consideraba defensor de la vida animal; pero tener que mirar el suelo para no pisar las hormigas, me parecía excesivo porque el tema de la reencarnación me parecía algo arcaico. En su cultura era algo normal, pero para mí, en el mundo occidental, no encajaba.

Los occidentales no perdemos tanto tiempo en pensar, actuamos durante todo el día, viviendo una vida estresante y repleta de actividades, para poder tener las comodidades y lujos a los que estamos acostumbrados.

Tras buscar diferentes formas de presentar mi trabajo de ciencias, al final, decidí describir su forma de vida en la portada: “El Tíbet, una vida de contemplación”.

Después de un año de preparativos, por fin llegó el día. Fue una locura, se me olvidaron cosas para última hora. Lo más importante eran los billetes de avión, las reservas y los permisos tan difíciles de conseguir del gobierno chino para estar en el refugio de montaña y hacer senderismo por la zona. De haber necesitado

permiso para escalar uno de los ocho miles, la autorización habría sido casi imposible de conseguir.

Llegado el momento de partir, fue un alivio poder librarme de las prisas y empezar el tan esperado viaje. Durante la despedida en el aeropuerto de Barajas, mi madre se emocionó y se abrazó a mí como si fuera la última vez que iba a verme. Yo sabía que en un viaje tan largo podía ocurrir algún percance; pero el deseo de cumplir con mi sueño era superior a cualquier miedo.

—Gracias, mamá, por dejarme ir a este viaje. Es importante para mí —dije con ternura.

—¡Cuánto me recuerdas a tu padre! Tienes ese mismo espíritu aventurero y esos ojos marrones, curiosos e inquietos,... incluso me parece ver en ti sus mismos labios generosos, su gesto alegre...

La interrumpí antes de que se emocionase, me incliné y la besé en las mejillas, luego la abracé, mientras su ensortijado pelo negro acariciaba mi rostro.

Era cierto que me parecía bastante a mi padre; mi rostro ovalado y el pelo lacio eran rasgos de él, aunque había heredado el color más oscuro de mi madre. Y aunque me quedé a mitad de camino entre mi padre y mi madre, con mi metro y setenta y cinco, muchos me comparaban con su altura; no porque fuese tan alto como él, sino porque, al ser también delgado, me hacía parecer más alto.

—Te quiero, mamá —dije con un hilo de voz.

—Lo sé. Disfruta cuanto puedas y ten cuidado, cariño —dijo con un nudo en la garganta. Me dio un beso de despedida en la frente, intentando no llorar—. ¡Ten cuidado, hijo!

Me emocionó, y tuve que quitar de mi mente el sentimiento de no volver a verla. Las despedidas nunca habían sido lo mío. Antes de perder de vista a mi madre, me giré y le mandé un beso con la mano; ella no paraba de agitar la mano en señal de despedida. Cuando dejé de verla, respiré aliviado.

Nos quedaba por delante más de un día de vuelos para llegar a Katmandú. Desde Madrid hicimos escala en el aeropuerto de Malpensa, Milán, donde nos tocó esperar casi siete horas, hasta coger el vuelo hacia Delhi. El siguiente vuelo salió a las nueve y media de la noche; dormí a ratos, pues me desperté en un par de ocasiones con las turbulencias.

La espera hasta la llegada de la mañana se me hizo muy larga. Por fin, la luz del sol hizo acto de presencia y me dejó ver entre las nubes la geografía de la India.

En el aeropuerto de Delhi también tuvimos que esperar cerca de otras cuatro horas, pero se hicieron más cortas; el ambiente en el aeropuerto era diferente, más caótico pero más entretenido. Se notaba que estábamos en la India. Había personas de la más variada índole, en su mayoría eran hindúes, no solo reconocibles por su vestimenta y la marca hindi, sino por el color de su piel y sus rasgos físicos. Tuve la sensación de estar muy lejos de casa.

El último trayecto en avión se me hizo corto, contemplando la geografía del país; aunque estaba nublado en muchas ocasiones, las gigantescas cumbres eran todo un espectáculo; pero al final, también terminaron por cansarme. Sobrevolando las montañas, el avión comenzó a virar para la maniobra de aterrizaje al aeropuerto de Katmandú.

Desde las doce y veinte del día anterior hasta las trece y cuarenta del posterior, habíamos usado más de un día de nuestras

vacaciones para llegar. El viaje se me hizo pesado; yo buscaba la aventura, no esperaba aburrirme.

Antes de entrar a la ciudad, a las puertas de Katmandú, visitamos el bosque de rododendros, en la reserva de Shivapuri. Esperaba ver un gran parque plano y ordenado como un jardín, pero mi sorpresa fue encontrarme con un lugar inmenso, más de ciento cincuenta kilómetros cuadrados entre colinas, con exuberante vegetación y con un gran río pluvial que abastecía a la ciudad.

Aunque había pinos, robles, jacarandas, magnolios, higueras de Bengala con múltiples raíces cayendo desde sus ramas, el pipal con sus hojas en forma de corazón y flamboyanes..., el rododendro era la estrella, por algo es el símbolo y el árbol nacional; aunque hay especies que son pequeños arbustos usados en jardinería, allí eran árboles. La mayoría de nosotros se llevó una hoja caída de recuerdo.

Andar después de tanto vuelo y esperas nos sentó muy bien, pude relajarme y descargar la tensión acumulada, disfrutando de las hermosas vistas. El cielo estaba nublado y hacía frío, la caminata nos ayudó a entrar en calor. El profesor de inglés traducía las explicaciones del guía que nos recordó lo hermoso que era el lugar en primavera con los magnolios, las jacarandas, los mombax y los rododendros en flor.

Hice fotos con la cámara a todo lo que llamaba mi atención por aquellos senderos de tierra y piedras; hacer fotos y después explicarlas me apasionaba. Sobre todo me impresionó el oscuro verdor de la vegetación, en aquella zona el agua de lluvia era continua y abundante.

Nos cruzamos con pequeños grupos que hacían *trekking*; me habría gustado quedarme unos días con uno de ellos. En un grupo más reducido se podría disfrutar mejor de la fauna autóctona. De los animales típicos del lugar, en nuestra corta estancia, solo contemplamos algunas mariposas, pájaros y tuvimos la gran suerte de ver un oso negro del Himalaya, aunque solo fue de lejos y en la copa de un roble.

Cuando nos marchábamos del lugar, suspiré, mientras dirigía la vista hacia atrás, anhelando haberme quedado más tiempo en aquel hermoso bosque.

Nepal se reconoció como un nuevo país; hacía pocos años de su declaración como República Federal Democrática de Nepal pero sus tradiciones, en cambio, eran milenarias.

Katmandú nos sorprendió; era un lugar exótico para nosotros, lleno de antiguos y coloridos edificios. De tradición hinduista y budista, la ciudad se veía salpicada por sus símbolos: los monasterios o gompas y las estatuas de Shiva, Visnú y Buda.

Me sorprendió el olor a quemado de estiércol, aunque los lugares se ambientaban con incienso para hacer más agradable la estancia. Con fin de proteger los bosques, en vez de usar madera, usan el estiércol prensado de yak. También me llamó la atención las ondeantes banderas en los edificios gubernamentales, con la típica bandera roja en doble triángulo. Nepal es el único país del mundo que no tiene una bandera rectangular.

Los compañeros compraron figuras de Shiva y de Buda, muy parecidas a las que se pueden encontrar en un mercadillo de Madrid. La visita se nos hizo corta, nos habría gustado recorrer por más tiempo sus calles y visitado cada rincón.

Diferentes pueblos, razas y tribus habían conformado a la población actual; sus rasgos y sus vestimentas eran evidentes y me hacían recordar al Dalai Lama. Algo común en todos era la forma de saludarse y despedirse, la usaban entre ellos y también con los turistas.

—Namasté —escuché despedirse la primera vez a un comerciante, su sonrisa y sus deseos me parecieron sinceros.

De escuchar el saludo en varias ocasiones, se me hizo familiar y pensé en adoptarlo para mis despedidas. Su significado: “¡Que los Dioses recojan tus virtudes!” Ayuda a reconocer los valores de cada persona, para que sean tomados en cuenta.

El descanso fue obligado, teníamos por delante un largo viaje en autobús, para atravesar las montañas desde Nepal hasta Lhasa en el Tíbet. El económico hotel, aunque estaba bien, dejó mucho que desear. Era un edificio contemporáneo que no buscaba ni el lujo ni la cultura del país.

La cama me pareció bastante dura e incómoda, no tenía nada que ver con mi colchón viscoelástico que comencé a extrañar desde aquel momento. Aquella noche di bastantes vueltas en la cama buscando un punto más blando.

El viaje fue duro, el autobús parecía de los años cincuenta. Empecé a darme cuenta de que nuestras comodidades y avanzada tecnología se pueden encontrar por todo el mundo pero no están en las mismas condiciones de calidad; los recursos se usan hasta su completo deterioro. Llegué a entender el porqué de los masificados accidentes en los países pobres y entonces comprendí los temores de mi madre.

La gran travesía

Antes de continuar con los detalles del viaje contaré una sorprendente experiencia que cambió el rumbo de mi viaje y el curso de mi vida.

2. Luz en la oscuridad



Mi deseo de encontrar algo y la aventura eran más poderosos que mis miedos y preocupaciones, por lo que pronto me relajé. A medida que me adentraba por aquella cueva, como no llevaba ninguna luz, la oscuridad era más intensa. El aire era respirable, no olía mal. Noté una corriente de aire cálido sobre mi rostro que fue desapareciendo a medida que me adentraba.

Extendiendo el brazo en alto, no llegaba a tocar el techo y tampoco la pared contraria. Supuse que la cavidad era cada vez más ancha y continué sin apartarme del tosco tacto de la pared rocosa a mi derecha. Llegó un momento en el que me encontraba a oscuras por completo. Al girar la cabeza hacia atrás pude ver a lo lejos el resplandor de la entrada pero al mirar hacia delante, la oscuridad era total.

Empeñado aún en seguir adelante, advirtiéndome que el suelo continuaba en el mismo estado proseguí con la aventura y me adentré en el abismo. Siempre podía regresar retrocediendo mis pasos, sin cambiar de pared, por si acaso el suelo se convertía de nuevo en una cornisa suspendida. Caminé un poco más y al mirar hacia atrás, no pude contemplar el reflejo de la entrada, éste había quedado muy lejos o la gruta había hecho un giro.

Anduve un poco más a través de la oscuridad total, intentando convencerme de no desistir. Justo cuando pensaba que todo mi esfuerzo había sido inútil y estaba dispuesto a regresar, me encontré para mi sorpresa, con la cosa más grata que nunca habría siquiera imaginado.

Al apoyarme sobre la pared con la mano al dar un nuevo paso, la pared pareció iluminarse con un tenue reflejo anaranjado. No puedo describir con palabras los sentimientos que tuve. Aunque al principio me sobresalté, mi soledad en la oscuridad fue consolada y me invadió la ilusión. Regresé a tocar la pared y ésta se iluminó de nuevo en el lugar de donde retiraba la mano. ¿Cómo podía aquella pared iluminarse? ¿Sería algo real o una mala pasada de mi mente?

Animado y sorprendido a la vez, me di cuenta que a medida que tocaba la pared, ésta se iluminaba. Dejando por unos segundos la marca iluminada por donde había tocado y desapareciendo gradualmente. Advertí para mi sorpresa que en el suelo también se quedaban marcadas mis huellas.

Me preguntaba cómo era posible aquello. ¿Sería la roca fluorescente o acaso un musgo o algo así? Pero, ¿cómo podía brillar, sin antes haber recibido luz? A menos que recibiese la energía de mi cuerpo. Trataba de convencerme a mí mismo que aquello, en realidad, estaba ocurriendo.

Una alegría infantil me invadió, estaba alucinando con lo que me estaba pasando; me sentí dichoso. A medida que continuaba con mi avance, el reflejo era mayor, incluso me permitía ver a mi alrededor. La cueva se convertía en una galería de más de cuatro metros de ancho y otros tantos en altura. Y el suelo continuaba teniendo la misma superficie plana y casi pulida.

Pero mi alegría por aquel milagro de la naturaleza no iba a durar mucho.

Me detuve en seco y me quedé estupefacto. Al divisar frente a mí un resplandor en el suelo. Yo no había pisado aún por allí y unas marcas iluminaban el alrededor de los pies de alguien que permanecía inmóvil sobre sus huellas. El miedo me sacudió con fuerza, al distinguir que algún animal o persona estaba allí al acecho.

Me quedé petrificado, mirando hacia las marcas que había frente a mí a unos cinco metros. El resplandor que yo había originado al ir tocando por todos lados y mi alborozo me habían delatado. Al contrario que yo, alguien había permanecido inmóvil para tratar de pasar desapercibido y su entorno estaba más oscuro que el mío, por unos segundos los dos permanecemos inmóviles.

Allí, contemplando aquellas huellas, mientras mis ojos se acostumbraban de nuevo a la escasa luz, me di cuenta que la silueta que se prolongaba hacia arriba correspondía a una persona. Aquello me tranquilizó en parte, pero sentí más miedo cuando aquella persona comenzó a acercarse, alumbrando cada vez más su entorno al moverse, descubrí que llevaba puestas unas sandalias y que sus piernas estaban desnudas.

—Hola —acerté a decir con la voz entrecortada y apenas audible. El misterioso personaje entonces se detuvo un segundo.

—Alihi —me dijo una palabra que no escuché con claridad, ni pude entender.

—Alihi —repitió de nuevo.

Aunque en aquella ocasión pude escuchar la palabra, no tenía ni idea de lo que significaba o que pretendía decirme aquel

enigmático personaje en su lengua. A medida que se acercaba y los pasos trazados iluminaban su entorno, distinguí a un hombre con una indumentaria nada tradicional. Entonces, traté de excusarme:

—Lo siento, no sabía... yo no debería estar aquí —titubeé.

—¿Eres hombre de paz? —me sorprendió preguntándome en mi idioma. ¿Cómo era posible que me hablara en castellano un habitante de una galería subterránea en el Tíbet?

—Sí, sí... —me reafirmé—, ¿hablas mi idioma? —me atreví a preguntar, pero él no me respondió, era obvio que los dos conocíamos la respuesta.

El corazón, en aquellos momentos, me latía con rapidez y fuerza. Al acercarse más, pude ver los detalles del atuendo de aquel hombre, parecía un guerrero. Tenía el pelo sujeto en una larga cola y llevaba un pectoral con unas vestiduras que dejaban al descubierto sus brazos al completo y sus piernas de rodillas hacia abajo, llevaba unas sandalias que terminaban anudadas a unas franjas sobre los tobillos. Sin duda era un guerrero, su aspecto era temible; no cabía duda, de que se trataba de una tribu desconocida para mí.

Él se limitó a mirarme de arriba abajo. Al no ver con demasiada claridad, se desplazó hacia su derecha, dejando que sus huellas me iluminaran. Con cuidado, le imité desplazándome y dejando que las marcas luminosas del suelo nos dieran luz.

Al verlo desde cerca y de frente, vi que se trataba de un hombre joven, tendría unos años más que yo. Comenzó a caminar a mi alrededor, mientras yo permanecí inmóvil, salvo por el movimiento de mi cabeza al tratar de seguirlo con la mirada.